

La mansión de los ricos.

Planteamiento.

Todo estaba preparado para la gran noche. Cada cual sabía bien qué tenía que hacer. Las cámaras estaban cuidadosamente situadas, así como los focos. Las ropas que vestirían se encontraban limpias, planchadas y colocadas en perchas en los lugares adecuados. En fin, todo estaba listo.

La mansión tenía 22 habitaciones distribuidas en dos alas, la norte y la sur. Estaban todas ocupadas, y los ocupantes participarían como actores de la película, que resultaría en un cortometraje de unos diez minutos, calculaba el director que, naturalmente, también estaba alojado en la gran casa, así como un par de técnicos que se encargarían del rodaje. No hacía falta más, dada la alta tecnología reinante.

El ambiente era de entusiasmo en los presentes, actores, técnicos y demás. A todos ellos, excepto el director y los técnicos, que fueron convocados por Luis, el autor del guion, la cosa les coincidió con su estancia en la mansión.

Luis era de la familia cuya historia se iba a contar, la de los dueños de la mansión cuando todavía había propiedad sobre estas cosas. Vivía permanentemente en una de las mejores habitaciones. Era ingeniero y disfrutaba de la vida diseñando los procesos de fabricación de piezas para robots de una empresa al efecto. Era bastante viejo ya.

Las otras dos personas que vivían permanentemente en la mansión, que se hacían llamar Bautista y Esther, eran viejos sirvientes que no servían nada. Sólo se ocupaban de organizar las

estancias de quienes lo solicitaban. Había lista de espera, pero no muy larga. En cosa de tres meses se conseguían las habitaciones. Luego, sí, ellos se ocupaban de hacer los pedidos de comida y todo lo necesario, pero el trabajo se hacía de modo comunitario, cada cual lo que le apetecía y estimaba oportuno. Por ejemplo, uno mismo se limpiaba su habitación, salvo caso de invalidez que lo impidiera. Todo funcionaba bastante bien, los trabajos se hacían con gusto. Después de todo, las personas estaban allí de vacaciones, generalmente, ocuparse de las cosas era un entretenimiento satisfactorio. Tener también presente que la tecnología era muy avanzada y había poco que hacer.

La mansión gozaba de un jardín muy amplio y exquisito que, sin un jardinero principal, estaba muy bien cuidado y limpio. La situación del complejo era junto al mar, con magnífico clima mediterráneo. Sería en este jardín donde se representarían las escenas, una noche de verano.

Unos tres meses después del acontecimiento que se iba a representar, cuando se empezó a ver que todo funcionaba estupendamente, los vecinos de la pequeña ciudad junto a la cual estaba la mansión habían decidido en asamblea que tal instalación se dejaría para uso recreativo y vacacional para cualquiera que quisiera usarla. A tal efecto se adjudicó a Bautista y Esther, quienes se ofrecieron voluntarios, por supuesto, la tarea de organizar el uso para el cual se establecía una sola norma, que no era rígida, y que consistía en limitar las estancias a un máximo de dos meses.

Así mismo, se había establecido en tal ocasión que los que fueron dueños de la mansión y sus descendientes directos podrían habitarla, sin distinción de los demás usuarios, pero por el tiempo que quisieran, de por vida, si así lo deseaban. Éste era el caso de Luis que, siendo el nieto de los antiguos dueños, había vivido allí su vida y se disponía a terminarla allí también.

Capítulo primero.

Luis tenía 9 años de edad cuando comenzó todo, y 12 cuando se produjo el desenlace. Era nieto de don Nicolás y doña Alicia, que eran condes, o duques, o marqueses, o algo así, no importa. Simplemente eran ricos y dueños de la mansión. Él era hijo del hijo mayor de ambos, que había muerto junto con su esposa unos años antes en accidente de tráfico. Ésta era la razón de que Luis viviera con sus abuelos.

Siendo un niño mayorcito, a Luis se le permitía estar en todas las conversaciones y sucesos familiares, así que se enteraba de todo, si bien, sin comprender en aquellos tiempos, por lo que tuvo que reconstruir los hechos poco a poco durante su vida para saber qué había pasado.

El suceso que marcó el principio de los acontecimientos memorables fue el ingreso en hospital psiquiátrico de Carmen, la tía menor de Luis, que contaba entonces con 24 años de edad y no se había emancipado, vivía con ellos.

Fue un espectáculo muy desagradable para Luis y para todos, aunque no completamente inesperado para él pues, siendo compañeros de vivienda, se relacionaban bastante y se llevaban bien, y Luis era muy consciente de que su tía Carmen era despreciada brutalmente por sus padres y hermanos, cosa en la que él permanecía al margen, sin participar y sin intervenir.

El caso es que Carmen estalló en una reunión familiar y, llena de ira y angustia, acusó a su madre de darle un trato especial, a su padre de haberla rechazado de por vida a consecuencia de lo primero, y a sus hermanos, Lucía y Roberto, de seguir este juego sacrificándola por no enfrentarse al crimen de sus padres.

Todo esto ocurrió muy desordenadamente, con gritos espantosos de Carmen y negaciones despreciativas e iracundas de los demás, que prefirieron la quiebra total de su hija y hermana antes que ceder o reconocer lo más mínimo de sus palabras. La consecuencia fue el desquiciamiento de Carmen y la necesidad de llamar a urgencias médicas, lo que desembocó en el ingreso de la última en la sección psiquiátrica del hospital de la ciudad.

Capítulo segundo.

Carmen pasó 20 días en el hospital. Cuando volvió estaba completamente hundida emocionalmente. Apenas se relacionaba con nadie, ni si quiera con Luis, quien se mostró a su disposición, siendo muy prudente al no saber cómo actuar respecto de ella.

Como la mansión tenía servicio: Mayordomo, ama de llaves, cocinero, jardinero y alguien más, a Carmen no le resultó difícil mantener su aislamiento respecto de la familia que, a excepción de Luis, pasaba totalmente de ella, sin ningún interés por comprender sus sentimientos o por compartir sus pareceres acerca de la familia o el mundo.

Pasaron unos meses en los que Luis acudía a la escuela y jugaba a su rollo con amigos o sin ellos, bien en la ciudad, bien en la mansión o su jardín. Mientras, Carmen paseaba distraída por la propiedad, sin nada que hacer, pero mucho en lo que pensar.

En esta época ya había Internet y, por supuesto, Carmen disponía de un ordenador personal. Poco a poco fue descubriendo películas interesantes, como “Bailando con lobos”, “Jesucristo Superstar”, que le proporcionaban alivio y un sentimiento bello de fondo que, al disfrutarlas repetidas y muchas veces, se instaló en lo más profundo de su ser, y supo de cierto que llegaría a sentirse

bien. Y siguió desarrollando y explorando más y más intensamente.

Con el paso del tiempo, Carmen fue desplazando sus pensamientos de la familia al mundo en general, es decir, fue perdiendo el interés por resolver sus problemas personales reemplazándolos por los problemas de la humanidad en su conjunto, obteniendo satisfacción en ello. Sus comprensiones eran muy placenteras.

Capítulo tercero.

Carmen fue transformando su curiosidad en investigación y, naturalmente, necesitaba alguien con quien hablar de sus descubrimientos, de sus conjeturas. Encontró a tal efecto a Luis quien, sin negar ni afirmar, escuchó pacientemente, ocasión tras ocasión, haciéndose una idea de lo que su tía Carmen descubría y comprendía.

Luis acababa de cumplir 10 años. Tenía la obligación de acudir a la escuela y aprobar los exámenes, lo que le impedía aprender por sí mismo y, desde luego, le dejaba sin tiempo para corroborar la investigación de Carmen.

Sin embargo, se fue dando cuenta de que tal investigación rondaba dos aspectos fundamentales. Primero, que hay algo completamente desajustado en la base misma de la humanidad, cosa que provoca un sufrimiento de fondo en las personas, y que se manifiesta en la Locura, que nadie quiere pararse a examinar. Y segundo, que la Tierra puede albergar a toda la humanidad con un mínimo de trabajo, y satisfactorio, de modo que todos los seres humanos podríamos ser muy dichosos en nuestra vida.

Las conversaciones entre Carmen y Luis eran muy amenas y productivas. Luis escuchaba absorto comprendiendo e interrogando a Carmen, quien ejercitaba su capacidad de dialogar y organizar sus pensamientos del mejor modo. Ambos notaban que avanzaban en su conocimiento y comprensión del mundo.

Y Carmen investigaba unos textos y otros, a veces muy complejos y enrevesados. Le fascinaban los libros de Carlos Castaneda y el Libro Tibetano de los Muertos. Éstos los leía una y otra vez, haciendo más y más comprensiones en cada vuelta, mientras iba buscando libros significativos que contuviesen sabidurías esenciales.

Pero Carmen buscaba sencillez. Pensaba que debajo de tanta sabiduría compleja y rebuscada había una esencia muy muy sencillita que estaba escapando a la comprensión de los autores de esos textos. Y seguía y seguía buscando, comprendiendo y dialogando con Luis, como quien acecha a un animal al que se quiere cazar.

Capítulo cuarto.

El tiempo pasaba, Luis crecía, tenía ya 11 años, y Carmen continuaba investigando y charlando con él en conversaciones muy satisfactorias para ambos.

Por esta época, después de haber asimilado bastante bien la sabiduría de textos antiguos y no tan antiguos, Carmen fue descubriendo la situación actual de la humanidad. Desde luego, siempre se había interesado por las noticias modernas, del día, pero aplazaba la comprensión de estos hechos por dedicar su tiempo y energía a lo que le interesaba entonces. Por otro lado, las noticias actuales la herían profundamente, sin poder pararse a examinarlas.

Ahora, sin embargo, había llegado el momento de darse cuenta de que la situación actual de la humanidad no es un episodio más en la historia, sino que estamos llegando a un desenlace incierto con dos posibles resultados: Uno, la catástrofe total, con la destrucción completa del planeta. Dos, un cambio drástico, con el replanteamiento absoluto del origen mismo del ser humano y el comienzo de una Nueva Era de bienestar y prosperidad. Y que tanto una opción como la otra será producida y desenlazada por la tecnología que avanza más y más, exponencialmente.

Los indicadores que apuntan a la opción uno son, veía Carmen, muy claros y decisivos: Por un lado está la renuncia de todos o casi todos los seres humanos a la revolución de cualquier tipo. Esto produce una tendencia de la humanidad a volver a la miseria que siempre fue, después de un periodo de bienestar relativo proporcionado por la tecnología, en primera instancia, y por el miedo a la revolución inminente cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. Esta tendencia a la miseria es lo que ha provocado la crisis económica de 2008 y de la que no saldremos nunca ya, pues la tecnología crece sustituyendo los trabajadores por robots. Y esto no se puede parar.

Para colmo, el comportamiento competitivo característico de la humanidad, que se ha expresado agresiva y destructivamente, está provocando una amenaza terrorista, en principio, el Estado Islámico, que ha pasado, con la estupidez de François Hollande, a ser una guerra declarada y generalizada. Una guerra que no se puede ganar y que nos entretendrá con urgencias mientras nuestra tecnología mal usada destruye el planeta.

Luis no comprendía muy bien esto, principalmente, porque no tenía una perspectiva histórica de la humanidad. Ciertamente estudiaba historia en la escuela, pero le enseñaban trozos dispersos, sin referencias ni enlaces. Él no podía aún tener una visión de conjunto. Por otro lado, era apenas un niño, y no

comprendía el pensamiento de los adultos. Sin embargo, escuchaba con atención las explicaciones de Carmen, que le parecían, como siempre, muy coherentes y bien argumentadas. Estaba seguro de que la visión del mundo de Carmen era muy acertada, ajustada a la realidad.

Lo que sí entusiasmó a Luis fueron las explicaciones que Carmen le daba de la otra cara de la moneda, es decir, de la posibilidad de comenzar una Nueva Era para la humanidad. El eje central de esta opción era el conocimiento científico que expresaba fundamentalmente Stephen Hawking, y que podría, si las personas le escuchasen bien, encaminar los pasos de la humanidad en la dirección correcta.

Le contaba, Carmen a Luis, que hay varios movimientos culturales, podríamos decir, que proponen, más o menos acertadamente, la eliminación completa del dinero. A saber, Zeitgeist, Proyecto de la Nueva Tierra, Ubuntuparty, Proyecto Humanidad Libre... Y el que más le gustaba a Carmen, nuevaera.info de un tal Jesús Estrada, que tiene música para cambiar el mundo. Esta música la escuchaba Carmen con asiduidad, la transportaba al otro mundo. Desde luego, parte de la investigación de Carmen había pasado y pasaba por la música de los hippies, y ésta, sabía ella, era su continuación.

Carmen explicaba a Luis, mientras éste comprendía muy bien, que la eliminación completa del dinero es la clave para comenzar un nuevo mundo, pues resultaría en un desarme total de la Tiranía. Sin dinero, en completa libertad, la Tiranía queda inoperativa, no puede funcionar. Dado que la tecnología presente e inmediata reduce el trabajo humano necesario a mínimos muy asumibles en completa satisfacción, la Nueva Era está a la vuelta de la esquina, decía Carmen.

Desenlace.

Comenzaba el rodaje de la breve película de Luis. Se desarrollaría en cuatro escenas sencillas. La primera fue al atardecer, cuando la luz se hizo rojiza y teñía el mundo de irrealidad agradable. Se encontraba la familia reunida en una zona despejada del jardín. Todos vestían de etiqueta. Se encontraban los abuelos y hermanos en un extremo, y Carmen y Luis al otro. Parecía un enfrentamiento de dos bandos. Sin embargo, reinaba una calma absoluta. Esperaban sin saber qué mientras bebían tragos cortos de sus copas. Pasados unos largos segundos apareció volando un hombre también vestido de etiqueta. Hizo una aproximación planeando como si volara en ala delta, pero sin ella, y se posó muy suavemente en el centro del escenario. Esto trajo paz al ambiente y todos los rencores desaparecieron. No había ya nada pendiente, nada por resolver, nada que revisar.

En la segunda escena, ya anochecido, con tenue luz lunar, Carmen y Luis metían un cadáver en su ataúd, lo cerraban, lo introducían en el hoyo, y lo cubrían con tierra. Cuando terminaban de hacer esto, unas puertas enrejadas, con fina forja, se cerraban y sellaban definitivamente, sin posibilidad de volver a abrirse.

Los abuelos dormían en una cama en el jardín, en un apartado con setos alrededor. Se trataba de la tercera escena. Las sábanas eran completamente blancas, así como sus camisones. Carmen hizo seña a Luis de que la dejara sola en esto. Con total sigilo, asegurándose de que no los despertaría, dejó una bandeja con comida junto a la cama y salió del apartado.

Carmen se reunió de nuevo con Luis en la cuarta y última escena. Fueron a un lugar próximo, también en el jardín. Era una especie de paseo ancho. En el centro de este paseo había dos perchas con ropas blancas. Carmen y Luis se dispusieron a

vestirlas cuando se encendió un foco más fuerte y amplio. Todos los alojados en la mansión se encontraban allí, en unas escaleras de grandes dimensiones que desembocaban en el paseo. La luz abarcaba todo, y era pálida, metálica. Los asistentes vestían ropas blancas, como camisones, también los hombres y niños, y todos estaban descalzos. Se produjo una comprensión colectiva, muy agradable, exquisita, y poco a poco comenzaron a reír. La risa era grande, limpia, desahogada. Creció y creció extendiéndose a las plantas del jardín, a las piedras, los árboles, a todos los seres humanos, a todo el planeta, a todo el Universo. Luis recordó una bellísima cita que había escuchado y comentado con Carmen muchas veces. Era de “Stairway to Heaven” (La escalera al cielo), de Led Zeppelin. Decía: “And the forests will echo with laughter” (Y los bosques resonarán con risas).

Epílogo.

Todo había sido muy fácil, muy sencillo. Después de profecías aterradoras que anunciaban grandes sufrimientos, y que habían servido por milenios como generadoras de escenas del infierno, resultó que al quedar las personas sin propósito, sin deberes, sin obligaciones, y con nada más que su vida por delante pues, simplemente, se pusieron a trabajar por el bienestar propio y colectivo. No hay más secretos en esto. Cierto que algunos días faltó pan, otros faltó carne, pero no hubo escasez generalizada en modo alguno en ninguna parte del mundo. Al contrario, allí donde se pasaba hambre, en cuestión de un par de semanas se produjo la abundancia. No podía haber sido distinto.

Luego, poco a poco, el mundo entero se fue organizando. Cada cual fue encontrando las actividades que le satisfacían, que eran útiles, por supuesto y, sí, muchos pasaron una época de desconcierto al hundirse sus ideas acerca del mundo, pero no fue grave. Resultó breve el tiempo que necesitaron para organizar una

idea del mundo acertada que les proporcionó poder, es decir, capacidad de hacer el bien. Y se esfumó la catástrofe a la que se dirigía el planeta, se pasó a una actividad productiva ecológica y sostenible. En fin, se desarrolló la Bondad Universal, que duraría por mucho más de mil años.

En cuanto a la familia que fue dueña de la mansión, pues no hubo ningún problema. Simplemente pasaron a compartir su finca, lo que les trajo compañía y diversidad, distracción, diversión, y se convirtieron en ricos de verdad, no económica, sino experiencialmente. Se quedaron en la gran casa los abuelos, Carmen y Luis. Los abuelos y Carmen habían muerto de viejos ya cuando se hizo la película. En cuanto a Luis, pues creció, estudió lo que le gustaba, trabajaba a su satisfacción, y pasaba una vejez muy agradable en la hermosa mansión.

Jesús Estrada, en diciembre de 2015. www.nuevaera.info